

SEGUNDO LUGAR

EL DIABLO EN EL JARDIN

por Alejandro Licona

Farsa en un acto

Dedicada a mi dantesco amigo
Dante del Castillo

"Pobrecito diablo, qué lástima
me da."
Pito Pérez G.

PERSONAJES:

Hugo Montes
El Diablo
Teófilo de la Cruz
Inocencia Cordero
Joven 1
Joven 2
Borracho
Velador
Solterona
Padre
Policía
Voceador
Vecinas
Muchacha

La acción se desarrolla en provincia en la época actual.

Notas para la puesta en escena:

El mobiliario debe ser mínimo, para agilizar el cambio de cuadros. Bastará insinuar el decorado con una banca, unas sillas o un farol en el caso de la calle.

Se recomienda un buen cambio de luces, ágil y exacto.

Como varios de los personajes son fugaces, un actor podrá interpretar dos o más papeles, según necesidades.

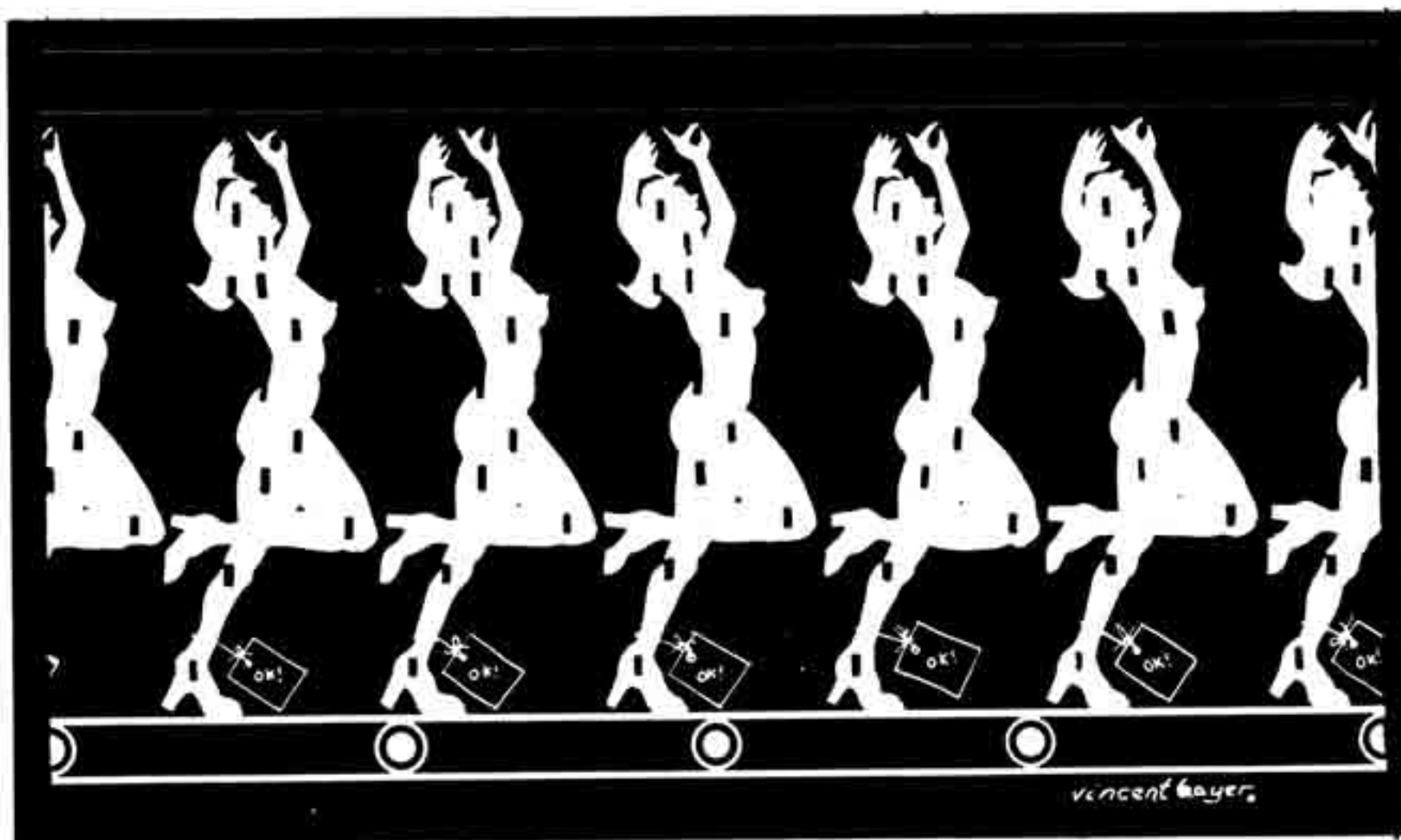
1

PARQUE PUBLICO

(Sentado en una banca y en posición meditabunda, se encuentra un hombre de aproximadamente unos 23 años de edad, que sostiene sobre sus piernas una gran libreta como las que se usan en contabilidad. Escribe a ratos algo, que inmediatamente tacha, insatisfecho. A su alrededor pasan escasos paseantes.)

Hugo: (Escribiendo en la libreta.) A ver cómo queda esto. “La noche cubrió con su manto oscuro, aquel pacífico pueblito, enclavado en lo más. . . En lo más. *(Lo piensa un poco.)* Recóndito, de la sierra. . .” No. Esto está muy aburrido. Debo hacer algo que desde un principio atraiga la atención de quien lo lea. *(Lo piensa un poco.)* Ah, ya está. *(Escribiendo.)* “Para Genoveva aquel día era como muchos más, en su árida existencia, siempre llena de operaciones rutinarias, de las mismas caras grises y ceñudas, que se apiñaban tras la ventanilla exigiéndole celeridad y exactitud, virtudes perdidas hacía tiempo por el monstruo devorador del tedio. Todo era aburrición, hasta que un día, un rostro joven y bien parecido, iluminó con su presencia aquélla. . .” No. Esto está más quemado que el mismísimo diablo. Y además suena re cursi. Parece telenovela. No. *(Lo tacha.)* Definitivamente hoy no vengo inspirado. Debo hacer algo nuevo. Lo nunca antes escrito. . . ¿Pero qué? Todos los temas están agotados.

(Se queda meditabundo. Por atrás de un árbol aparece el diablo, modesto pero pulcramente vestido, como lo haría un empleado bancario. Trae en la boca un puro apagado y se busca algo con insistencia en los bolsillos. Al no hallarlo se acerca a donde se encuentra Hugo.)



Diablo: Buenos tardes, caballero.

Hugo: ¿Eh? Buenas tardes, señor.

Diablo: Perdone que lo distraiga por un momento, pero ¿no me podría facilitar un poco de fuego? Por andar de distraído, olvidé los cerillos en casa y no he podido encender este magnífico habano.

Hugo: Sí, como no. (*Saca unos cerillos.*) Tenga.

Diablo: Muy amable, caballero. (*Enciende su puro.*) Perdón ¿no gusta usted uno? Traigo varios.

Hugo: No, gracias. No me gustan los puros.

Diablo: Es una verdadera lástima. Son tan sabrosos. Duran más que los cigarrillos comunes y corrientes y su sabor perdura en el paladar, como un grato recuerdo de su presencia.

Hugo: A mí el tabaco me irrita mucho la garganta. Por eso casi no fumo.

Diablo: Qué pena. A mí todo lo que sea humo me encanta. ¿Le molestaría si me sentara aquí, junto a usted?

Hugo: De ninguna manera, siéntese usted.

Diablo: (*Sentándose.*) Gracias. Es un alivio poder descansar un poco, sobre todo después de andar vagando por todas partes, y más con el frío que está haciendo.

Hugo: Está un poco fresco, pero frío lo que se dice frío, no siento.

Diablo: Es natural. Yo vengo de lugares mucho más cálidos que éste, y a pesar de que llevo siglos visitando estos lares, nunca he podido acostumbrarme a su temperatura.

Hugo: Perdone usted, pero su cara se me hace conocida ¿no es de casualidad actor de cine?

Diablo: No. Pero en muchas ocasiones me han caracterizado. Unas veces bien, la mayor parte mal.

Hugo: Ya sé, usted es político.

Diablo: (*Ofendido.*) Por Dios, hombre, que soy decente. Si quiere saber quién soy, con gusto le daré uno de mis muchos nombres con que se me conoce: Mefistófeles.

Hugo: (*Asustado.*) ¿Mefistófeles? Entonces usted es. . .

Diablo: Sí, dígalo sin miedo. Soy el mismito diablo.

Hugo: ¿Qué es lo que desea? ¿Por qué se me aparece?

Diablo: Sólo quiero charlar y descansar un rato, caballero. No se asuste por favor.

Hugo: Si lo que quiere es mi alma, pierde su tiempo, señor diablo, porque no pienso vendérsela.

Diablo: ¿Por qué la gente cree en las tonterías que les cuentan los novelistas? El alma no es un objeto que pueda venderse o comprarse. Esas sólo son tonterías y supersticiones, por lo general de ignorantes.

Hugo: Entonces ¿qué es lo que quiere?

Diablo: Ya se lo dije, caballero. Sólo platicar y descansar un momento. Hace tiempo que no lo hago con nadie, porque cuando me reconocen de inmediato se asustan y se echan a correr, como si yo fuera un monstruo.

Hugo: Bueno, usted perdone, pero como dicen que el diablo, o sea usted, sólo anda viendo qué almas puede llevarse al infierno, pues es natural que uno desconfíe.

Diablo: Al cine le debo mi mala fama. Es como cuando los turistas yanquis llegan a México y esperan encontrarlos a todos ustedes vestidos de charros o de toreros, tomando tequila y cantando la cucaracha. Eso sólo ocurre en las películas y en las novelas, señor. . .?

Hugo: Hugo. Hugo Montes.

Diablo: El teatro, el cine y la televisión, sacrifican la realidad por el entretenimiento, señor Montes.

Hugo: ¿Entonces las almas no pueden venderse?

Diablo: Claro que no. El alma radica aquí. (*Se toca la cabeza.*) Y aquí. (*Se toca el corazón.*) Si uno no quiere irse al infierno, simplemente no se va y ya. Mentira que uno les haga firmar contratos y esas cosas.

Hugo: ¿Y los ladrones y los asesinos, por decir algo, a dónde se van cuando mueren?

Diablo: A donde quieran irse. Existe la errónea creencia que los rateros y asesinos se van al infierno. Nada más falso. Si un criminal se arrepiente a la mera hora de morirse, se va al paraíso o a donde quiera irse. Yo no obligo a nadie a acompañarme.

Hugo: En ese caso, el infierno debe estar vacío. Nadie que tenga dos dedos de frente, querrá irse allá bajo.

Diablo: Falso de toda falsedad, caballero. El averno está tan poblado como el paraíso. Sobra quien quiera acompañarme.

Hugo: ¿Y el purgatorio?

Diablo: Bah. Está lleno de gente odiosa, de timoratos e indecisos. Que si me voy al infierno, me quemo. Que si me voy al cielo, me da miedo la altura. No miento al decirle que me son sumamente antipáticos.

Hugo: Lo que no comprendo, es cómo hay personas que quieran irse al infierno. No suena lógico.

Diablo: Es muy sencillo. Lo podría resumir en un refrán que dice: Zapatero a tus zapatos. Si a alguien le gusta robar, en el cielo no podría hacerlo porque las reglas lo prohíben. ¿Qué pasa entonces con esta persona? Si no puede robar más en su vida, se frustra y se vuelve desdichada. En el infierno no. Ahí robar y matar es cosa de todos los días. ¿Me doy a entender?

Hugo: Más o menos.

Diablo: Si yo comprara almas, como dicen los escritores, quebraría de inmediato. Cualquier desesperado en noche de luna llena me invocaría para pedirme dinero y poder. Ponga usted que se los concediera. ¿Para qué? Para que cuando esté agonizando, se arrepienta y me deje con un palmo en las narices. No, señor Montes. Los dramaturgos me pintan como un estúpido al hacer esos contratos.

Hugo: ¿Y a qué se debe entonces a que ande por el mundo?

Diablo: Ofrezco mi mercancía, que es el mal ¿no quisiera usted adquirirla?

Hugo: No, gracias.

Diablo: ¿Ve lo que le digo? El ser humano tiene el don de la elección. Si usted quiere ser malo, muy su gusto.

Hugo: No acaba de convencerme, señor diablo ¿Cómo sé que es verdad todo lo que me ha estado contando?

Diablo: Por la sencilla razón de que uno elige lo que más le conviene. A usted nadie lo obliga a ser bueno. Sus motivos tendría si llegara a robar o a asesinar. A fuerzas, ni los zapatos entran.

Hugo: Bueno, eso es cierto.

Diablo: Tan cierto que si usted se decide por el contrario a dedicarse al bien, es también por su libre albedrío. En estas cuestiones hay libertad absoluta.

Hugo: ¿Puedo hacerle una pregunta, señor diablo?

Diablo: La que quiera. Adelante.

Hugo: ¿Cómo sabe una persona si se va a ir al cielo o al infierno?

Diablo: Muy sencillo. Al infierno cometiendo un pecado capital sin arrepentirse de ello. Eso le garantiza viaje directo. . . Y al cielo, no cometiéndolo. Perdona mi curiosidad, caballero, pero ¿usted a qué se dedica exactamente?

Hugo: Bueno. Yo estudio arquitectura, pero en realidad quiero ser escritor.

Diablo: ¿Y ha escrito mucho?

Hugo: Algunas cosas. Pero últimamente no se me ha ocurrido nada y ya casi vence el plazo.

Diablo: ¿Qué plazo?

Hugo: Para entregar una novela en un concurso. Si llegara a triunfar ganaría mucho dinero y prestigio, además de que sería una buena forma de darme a conocer, pero nada. La inspiración no me llega.

Diablo: (*Carraspeando.*) Ejem. No quisiera parecerle un pedante, pero ¿por qué no escribe una novela sobre mí?

Hugo: (*No muy animado.*) Pues... Es que el tema está tan quemado. Yo quisiera algo más original.

Diablo: Claro. No lo culpo. Todas las obras sobre mí dicen lo mismo. Que me quiero llevar el alma de un santo, que lo tiento con riquezas y poderes y que de algún modo u otro logro embaucar a mi víctima. Pero siempre, a última hora surge algo imprevisto y yo pierdo la partida para regocijo del público. ¡Uf! Esas son babosadas. Si usted supiera la cantidad de veces que he ganado en buena lid, se sorprendería.

Hugo: Tal vez la variante sea interesante. El diablo vencedor podría llamarse la historia.

Diablo: El título es lo de menos. Con que usted escriba la verdad, es suficiente. Eso de que siempre gana el bueno, aparte de ser una soberana tontería, es mentira. Yo también he salido triunfador.

Hugo: ¿Como por ejemplo?

Diablo: El horrible caso de Teófilo de la Cruz y su desalmada esposa.

Hugo: Creo haberlo leído en los periódicos. Fue algo espantoso.

Diablo: Ni tanto. Todo comenzó en un jardín como éste, hace algunos años.

(Mientras el diablo habla, entra en escena un hombre de aspecto tímido, que viste de oscuro y trae en una mano, un ramo de flores.)

Diablo: Teófilo era la persona más santa y más inofensiva que había en ese pueblo. Era sacristán, vocal de la acción católica, miembro honorario de la Vela Perpetua, socio activo del Divino socorro y comandaba además un pequeño grupo de boy-scouts. Era en pocas palabras un alma tipo A, de ésas que son tan raras como escasas, y que son mi principal debilidad. En aquel entonces me puse de pie. (*Lo hace.*) Y me dije: Mefistófeles. Tienes que llevarte esa alma a como dé lugar. Me arreglé lo mejor que pude y al igual que a usted me le acerqué. Observe por favor.

(El diablo se acerca a Teófilo.)

Diablo: Buenas tardes, caballero.

Teófilo: Buenas tardes, señor.

Diablo: Perdona ¿de casualidad no le interesaría irse al infierno?

Teófilo: No, gracias. Prefiero irme al paraíso.

Diablo: Se lo digo en serio, hombre. El infierno está lleno de lugares interesantes, de personas sensacionales y espectáculos dantescos.

Teófilo: Es inútil que insista, señor. Tengo decidido irme al cielo.

Diablo: Pero ¿cómo puede preferir un lugar que ni siquiera conoce? Todo el mundo habla del cielo y del infierno, como si de veras hubieran estado alguna vez en ellos.

Teófilo: Es fácil adivinarlo si se lee la propaganda que existe de ambos lugares. Además yo detesto el calor.

Diablo: (*Encogiéndose de hombros.*) En ese caso no insistiré. Pero por si cambia de opinión, llámeme. Aquí está mi tarjeta. Con permiso y buenas tardes.

Teófilo: Hasta luego y vaya con Dios.

(El diablo hace un gesto de desagrado al oír esto último y se dirige a la banca donde se encuentra sentado Hugo.)

Diablo: Así fue la primera aparición. Durante días, semanas y meses le insistí para que aceptara acompañarme y su respuesta fue siempre la misma. Un no rotundo y definitivo.

Hugo: ¿Qué hizo entonces?

Diablo: Lo único que puede hacerse en estos casos es esperar. Tuvieron que pasar varios años, para que un día como hoy, cometiera por vez primera el error que habría de costarle muy caro.

Hugo: ¿Qué error?

Diablo: El más grande que puede cometer el ser humano en esta vida. Enamorarse.

Hugo: A mí no me parece eso tan grave.

Diablo: No esté tan seguro. Calle y observe por favor.

(Hugo y el diablo voltean a ver a Teófilo.)

Teófilo: ¿Cuál le gustará más? El nocturno a Rosario o las Golondrinas de Bécquer? Mm. Creo que el nocturno sería el más apropiado. Es tan bonito. *(Carraspeando.)* A ver si no se me olvida. . . Yo en verdad necesito decirte que te quiero con todo el corazón, que es mucho lo que sufro, que es mucho lo que lloro y al grito que te imploro, te imploro en nombre de mi última ilusión. . .

(Por un lado entran dos jóvenes.)

Joven 1: *(Por Teófilo.)* ¿Qué te dije? Y hasta trae un ramo de flores.

Joven 2: Es cierto. Y por la cara de idiota que trae, se nota que está enamorado.

Joven 1: Sí ¿pero de quién?

Joven 2: Conociendo a Teófilo, ha de ser de alguna de las beatas de la Acción Católica o de la Vela Perpetua. Si quieres vamos a preguntarle.

Joven 1: Sí, pero antes dime de quién sospechas, para que la apuesta sea completa.

Joven 2: Para mí que anda tras la Chela, la que vende los rosarios.

Joven 1: Orale. Yo digo que es Chonita. ¿Cinco más de apuesta?

Joven 2: Sale y vale.

(Se acercan a donde está Teófilo.)

Joven 2: Buenas tardes, Teófilo, ¿qué cuentas de nuevo?

Teófilo: Pues nada, aquí nomás.

Joven 1: Qué flores tan bonitas, ¿dónde las compraste?

Teófilo: Cerca del mercado, con la señora Ramírez.

Joven 2: ¿Y para quién son? Digo. No vayas a pensar que nos estamos entrometiendo. Es por pura curiosidad, ¿verdad tú?

Joven 1: Claro. La vida de los demás no nos incumbe. Sólo queremos saber el nombre de la afortunada doncella.

Teófilo: *(Un poco ruborizado.)* No sé si la conozcan. Se llama Inocencia. Inocencia Cordero.

Joven 1: (Aparte.) Que si la conocemos. Es más vieja que el hambre.

Joven 2: ¿Y desde cuándo andas con eso. . . Con ella? Digo. No vayas a pensar que nos estamos entrometiendo en tu vida privada. Es solamente curiosidad.

Teófilo: (Emocionado.) Hoy cumplimos dos meses de andar juntos.

Joven 1: (Aparte.) Le deberían de dar una medalla al valor.

Joven 2: Pero no pensarás casarte con ella. ¿Verdad? Digo. Habiendo tantas otras mujeres más bonitas y más buenas gentes, pues como que no aguanta que te enredes con. . . con ella.

Teófilo: Nada de eso. Inocencia es la mujer de mis sueños.

Joven 2: (Aparte.) Pesadillas.

Teófilo: Es la más dulce y cristiana de las criaturas que he conocido. Dios al crearla rompió el molde, para que ella fuera única.

Joven 1: Bueno eso se comprende.

Teófilo: El amor que siento por ella no tiene nombre, es algo indescrip-
tible. . .

Joven 2: (Aparte.) Sí tiene nombre y se llama necrofilia.

Teófilo: . . . Como si dentro de mí brotara una nueva luz. Lo nunca antes
sentido. Primero Dios y antes de que finalice el año, unimos nuestros des-
tinos para siempre. Ella y yo. Yo y ella.

(La escena se oscurece. Con un seguidor iluminamos la banca en que están el Diablo y Hugo. Mientras hablan, los demás actores ponen los objetos del siguiente cuadro y se van.)

Diablo: Y así fue. Teófilo e Inocencia se casaron el día de San Judas Tadeo, por las tres leyes y sin pérdida de tiempo alguna se fueron a pasar una platónica luna de miel a Chinconcuac. Esto quedó a la libre imaginación del pueblo entero, que entre risitas y murmullos, daban su particular versión de la noche de bodas.

Hugo: ¿Y cómo era Inocencia?

Diablo: En muchos aspectos se parecía a Teófilo. Era pulcra, recatada y buena cristiana. Si bien no era bonita ni tenía buen cuerpo, atributos que la tenían soltera desde hacía treinta y cinco años, poseía en cambio una mirada inteligente y el claro discernimiento de lo que era bien y mal. Como dato adicional, diré que su alma era tipo A, o sea blanquísima, bueno, con algunas manchitas. Ya se sabe que nadie es perfecto.

Hugo: ¿Y qué pasó entonces?

Diablo: Ven, para que lo veas por ti mismo.

(El Diablo y Hugo se van.)

2

CASA DE TEOFILO

(Entran en escena Teófilo e Inocencia cargando maletas de viaje.)

Teófilo: (Contento.) Al fin llegamos. *(Viendo en derredor.)* ¿Qué te parece? No es muy grande, pero es acogedora. Con una poca de pintura quedará mejor.

Inocencia: Qué bonita es. Parece como de juguete. Oh, Teófilo, qué felices vamos a ser aquí. Tuviste un excelente gusto para escoger lo que de ahora en adelante será nuestro nidito de amor.

Teófilo: Pero ven. Quiero mostrarte todas las habitaciones. Mira. Esta es la cocina. Está un poquito cochambrosa, porque el inquilino anterior era español y le gustaba mucho cocinar fabada.

Inocencia: Una buena limpieza la dejará como nueva.

Teófilo: Aquí está el comedor. ¿Te gusta el estilo?

Inocencia: Claro. Es sencillo y austero.

Teófilo: Y lo mejor de todo está acá, ven. ¿Qué te parece la recámara? Fue una de las primeras habitaciones que amueblé. Puse todo mi empeño en ello. Espero que te guste.

Inocencia: Está muy bien, pero. . . Nada más hay una cama, Teófilo. ¿Y tú dónde piensas dormir?

Teófilo: ¿Cómo que en dónde? Pues aquí contigo.

Inocencia: (*Escandalizada.*) Pero qué cosas dices, Teófilo. Cómo crees que voy a dormirme contigo.

Teófilo: ¿Qué tiene de malo? Estamos casados. Somos marido y mujer.

Inocencia: Me decepcionas Teófilo. Nunca pensé que fueras como la demás gente, que nada más está pensando en la lujuria de la carne.

Teófilo: Cuál lujuria, mi vida. Es amor.

Inocencia: Amor es respeto, Teófilo. Jamás de los jamases me imaginé que tú llegaras a proponerme eso. Tú, a quien siempre creí el más cortés y caballero de los hombres.

Teófilo: Pero Inocencia, mi vida. Así debe ser entre marido y mujer.

Inocencia: Basta. No sigas destruyendo más la buena imagen que tenía yo de ti. Qué vergüenza. Mi propio marido proponiéndome hacer eso. Creí que al casarte lo hacías por mi inteligencia y mi espíritu, no por mi cuerpo.

Teófilo: El mismo Cristo lo dijo: Creced y multiplicaos.

Inocencia: También dijo que hay que permanecer castos y puros y yo pienso hacerlo.

Teófilo: Pero mi vida, yo quiero hijos. Los niños son la alegría de un hogar.

Inocencia: Si quieres niños, ve al orfanatorio. Ahí hay muchos en espera de ser adoptados.

Teófilo: Pero, Inocencia. Yo quiero tomarme el trabajo de fabricarlos.

Inocencia: Basta. No sigas. Esta plática me repugna. (*Iniciando mutis.*) Traeré tus cobijas, para que duermas en el sofá.

(Inocencia se va. Teófilo anonadado se deja caer en una silla. Todo a su alrededor se oscurece. Entran el Diablo y Hugo.)

Hugo: Pobre Teófilo.

Diablo: Y eso fue sólo el principio de una larga cadena de sufrimientos. Durante los cinco años siguientes, no era nada raro ver a Teófilo cenando comida en lata, cosiendo o lavando su ropa, mientras su costilla estaba en la iglesia, en el rosario, visitando el orfanatorio u organizando algún bazar de caridad. Actividades loables en toda mujer, no casada desde luego.

Hugo: ¿Y Teófilo que hacía entonces?

Diablo: Aparte de muchos corajes, trabajar. Con el paso del tiempo, con letras y con muchos esfuerzos, logró comprarse una televisión de segunda mano, que constituía su única distracción y compañía.

Hugo: Qué suerte la suya.

Diablo: La televisión fue para él, como lo es para muchas personas, un oasis en medio de esa árida existencia que es la vida provinciana, tan rutinaria como un amanecer. Pero un buen día. . .

(La escena se ilumina. Se van el Diablo y Hugo a la par que Teófilo se levanta y se reúne con el joven 1 que en estos momentos llega.)

Teófilo: Apúrate. Ya debe haber comenzado el juego.

Joven 1: Apenas acaban de dar las siete. Nunca empiezan a la hora fijada. Ahorita han de estar los comerciales y esas cosas.

Teófilo: Es el último de la temporada. No quiero perdérmele por nada del mundo.

Joven 1: Oye, ¿no anda por ahí tu mujer?

Teófilo: No. ¿Pór qué?

Joven 1: Pues. . . Me he fijado que cada vez que vengo, me hace cara. Como si no le simpatizara mucho, que digamos.

Teófilo: No le simpatizas nada. Me lo dijo la otra vez que veniste. Te detesta porque frecuentas billares, futbolitos y otros centros de perdición.

Joven 1: Ya. ¿A poco es pecado pegarle a unas tristes bolas de madera?

Teófilo: Para ella, sí. Ya la conoces. Pero no le hagas caso. Nosotros venimos a ver el partido, no a discutir lo que a ella le parece bien o mal.

Teófilo: (*Iniciando mutis.*) Prende la televisión, mientras voy por unos refrescos.

(*Teófilo se va a la cocina, oculta a la vista del público.*)

Joven 1: Con razón cada vez que me ve en la calle se persigna. No sé que haría si algún día fuera a la cárcel del pueblo.

Teófilo: (*Desde la cocina.*) Ya fue una vez.

Joven 1: ¿Y qué hizo entonces?

Teófilo: Bañó a los presos con cubetas de agua bendita. Imagínate lo que le dijeron, que la pobre regresó amarilla del susto.

Joven 1: Oye, ¿de casualidad no bañó también a los gendarmes?

Teófilo: No, ¿por qué?

Joven 1: A los policías de este pueblo les hace más falta que a los presos. Oye. ¿Y la televisión dónde está?

Teófilo: (*Entrando a escena.*) ¿Cómo qué dónde? Pues ahí. . . estaba.

(*Pausa de silencio.*)

Joven 1: Chin. A lo mejor ya te la carrancearon.

Teófilo: ¿Pero cómo? La puerta del zaguán y la de aquí estaban cerradas. Además no parece que se hayan robado otra cosa.

Joven 1: Quizás te faltaba una letra por pagar, y vinieron a recogértela cuando tú no estabas.

Teófilo: Imposible. El último bono lo pagué hace meses.

Joven 1: Bueno, entonces a lo mejor se descompuso y tu señora la mandó componer. Eso suena más lógico.

Teófilo: (*Presintiendo lo peor.*) Inocencia jamás ve la televisión. Y el aparato hasta ayer funcionaba como nuevo.

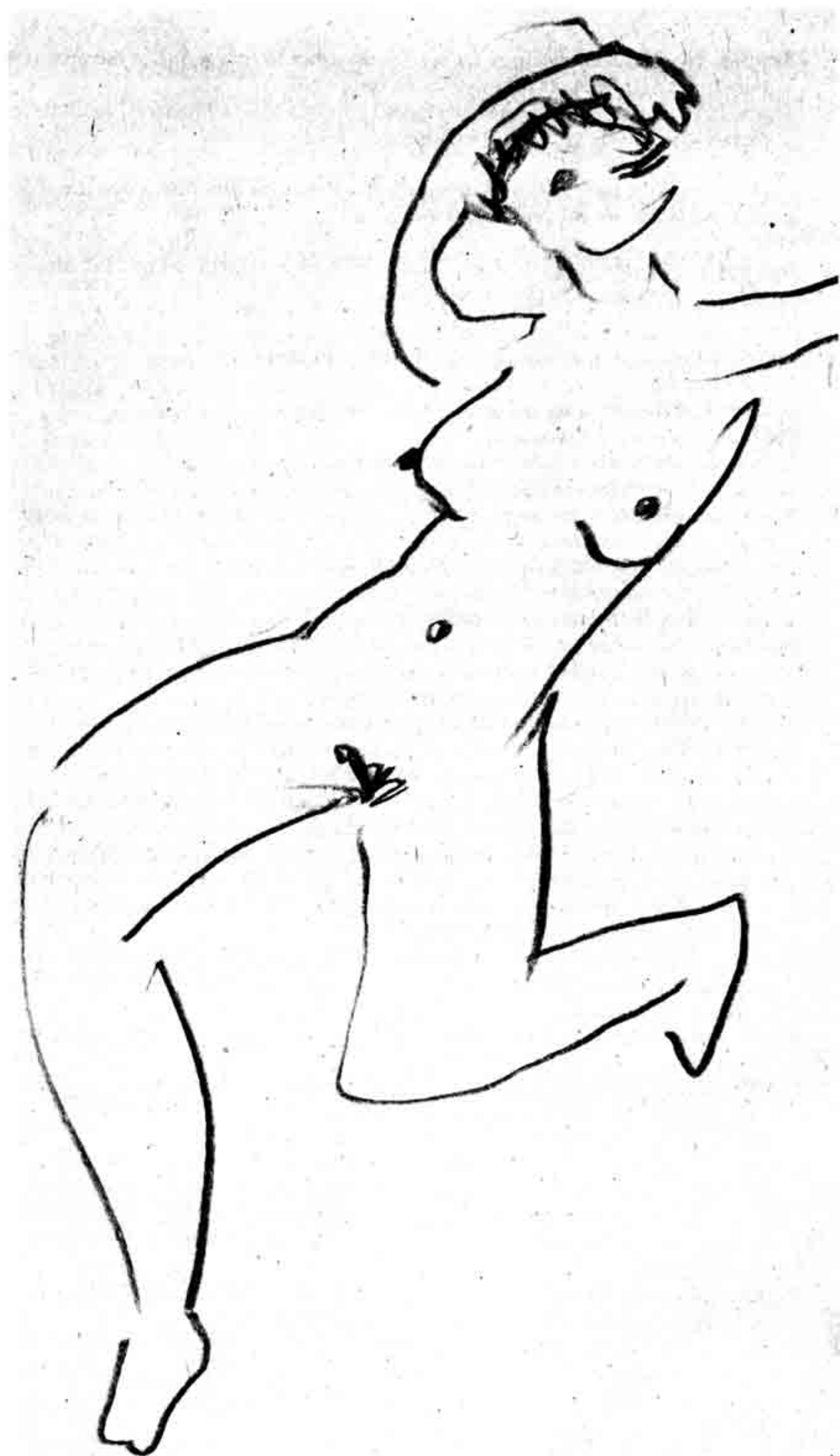
Joven 1: Bueno, pero no es para que te pongas así, hombre. Mira, si quieres traigo una radio y así no nos perdemos el partido. ¿Sí?

(*Teófilo no contestaba nada.*)

Joven 1: Ahora que llegue tu mujer se aclara todo el misterio. No te pongas dramático.

Teófilo: Si supieras con cuántos sacrificios compré ese aparato, me comprenderías mejor.

Joven 1: Sí, pero creo que exageras. ¿A dónde pudo ir tu mujer con una televisión tan grande? A ningún lado. Con suerte y nomás le fue a echar agua bendita.



Teófilo: No hagas chistes por favor. Tú no sabes lo que significa ese aparato para mí. Es mi vida, es mi evasión, es todo.

Joven 1: No hagas teatro. Ahorita regreso con una radio. Mientras, serénate y piensa que tu tele está en buenas manos. No tardo nada.

(El joven 1 se va. Teófilo se sienta meditabundo en una silla. Poco después se escucha la voz de Inocencia, acercándose.)

Inocencia: *(Cantando.)* Oh María, madre mía, oh consuelo del mortal, amparadme y llevadme a la patria celestial. . .

(Inocencia entra, sumida en una especie de éxtasis religioso.)

Inocencia: El señor es mi pastor, ya nada me faltará.

Teófilo: *(Trémulo.)* Inocencia. . .

Inocencia: Oh María, madre mía, oh consuelo. . .

Teófilo: ¡Inocencia, te estoy hablando!

Inocencia: *(Sin dejar de sonreír.)* Ay Teófilo. Si vieras qué bonito se siente hacer el bien. Es como si una gran calma te invadiera aquí, llenándote el corazón de una indescriptible plenitud, que muy pocas veces se siente en la vida. *(Cantando.)* Oh María, madre mía. . .

Teófilo: ¿Qué le hiciste? ¿Por qué no está aquí?

Inocencia: No sabes cómo te han bendecido y elogiado en el Orfanatorio. Dicen que tu bondad y tu ternura no tienen límites y que tu desprendimiento ha sido tan ejemplar, como caritativo.

Teófilo: Por Dios, Inocencia. Dime qué le hiciste a mi televisor.

Inocencia: En el Orfanatorio me dijeron que una persona que se priva de algo para dárselo a sus semejantes, es digno de los mejores calificativos, ya que demuestra tener un gran amor hacia su prójimo. ¡Cómo te han alabado! Dicen que sólo un santo es capaz de tanto sacrificio, en estos tiempos de carestía e inflación. Oh, Teófilo, debiste ver las caras de los chiquillos, cuando por vez primera se conectó el aparato y aparecieron en la pantalla las caricaturas. Sus risas y sus exclamaciones eran tan conmovedoras, que poco faltó para que llorara de emoción.

Teófilo: *(Despedazado.)* ¡Mi televisión! ¡Mi televisión en manos de esos mocosos! ¿Cómo te atreviste, Inocencia? ¿Cómo pudiste arrebatarme lo único que me quedaba en esta vida?

Inocencia: Teófilo, por favor. Tú puedes tener otra televisión. Esos pobres niños, no.

Teófilo: Esos pobres niños no saben lo que es partirse el lomo todos los días, para ahorrar durante años y así poderme comprar un pedacito de dicha, que tú sin más ni más, acabas de regalar.

Inocencia: *(Indignada.)* ¡Me sorprendes, Teófilo! Sabía que eras egoísta, pero nunca al grado de negarle un mendrugo de pan a un hambriento. Pensé que te enorgullecerías de que hiciera este donativo a tu nombre, pero veo que te importa más un triste aparato de televisión, que el bienestar de tus semejantes.

Teófilo: Sí en verdad eres tan caritativa, ¿por qué en lugar de dar algo mío, no les diste, por ejemplo, tu colección de ceniceros?

Inocencia: Sí, mucho que se iban a divertir viendo mis ceniceros. Eres un egoísta y desconsiderado. *(Comienza a sollozar.)* Y pensar que cuando te conocí eras bueno y sobre todo desprendido. No podías ver a un limosnero, sin que corrieras a darle algo.

Teófilo: Daba pesos y tostones. Nunca televisores.

Inocencia: (Sollozando.) Es igual. Desde que nos casamos has cambiado totalmente. No te gusta nada de lo que hago, como si tú fueras alguien para juzgarme. (Transición. Enérgica.) Pero de una vez por todas, te advierto que ni tú ni nadie, me apartarán de la senda del bien.

Teófilo: No digas tonterías, por favor.

Inocencia: Si para ti el dolor ajeno es una tontería, no sé qué pueda importarte.

Teófilo: Me importa mi televisión, que ahorita mismo vas a ir a recoger.

Inocencia: Recógela tú, si tanto te interesa. Me gustaría ver con qué cara y con qué factura vas a traértela de nuevo. Atrévete, después de que medio pueblo sabe que la donaste con la mejor de tus sonrisas.

Teófilo: Te odio, Inocencia, te odio. Te he soportado todo. Que regales mis trajes, mis zapatos, mis libros, todo. Pero esto se acabó. O vas por ese aparato inmediatamente o puedes irte preparando para abandonar esta casa para siempre.

Inocencia: ¿Olvidas que esta casa también es mía?

Teófilo: Lo dudo mucho. Has regalado la mitad. Tu mitad.

Inocencia: Pues no me voy. Haz lo que mejor te parezca, pero de aquí no me mueves.

Teófilo: Está bien. No te vayas. Ojalá y esta misma noche te mueras, para que te vayas derecho al infierno. Por haber mentido, por regalar lo que no es tuyo, lo que equivale a robo y por hacer rabiar a tu marido, al que se supone debes querer y tolerar. Ojalá y pronto llegue el ángel de la muerte, para que de un espadazo te siegue la vida para siempre.

(*Inocencia se queda entre pensativa y angustiada.*)

Inocencia: (Con hilo de voz.) Tú también has pecado.

Teófilo: Dime cómo y en qué.

Inocencia: Nada de lo que hago te parece, siempre me estás riñendo.

Teófilo: Está bien. Nos quemaremos juntos en el infierno.

(*Inocencia da una patada de enojo en el suelo al mismo tiempo que inicia mutis.*)

Teófilo: ¿A dónde vas?

Inocencia: Voy a confesarme, para que te chamusques solito. Ah, y si quieres ver la televisión, ve al orfanato, porque de ahí no sale, pase lo que pase.

(*Se va dando un portazo. Teófilo hace un gesto de impotencia y se deja caer en la silla. Poco después entra el joven 1 con un radio en la mano.*)

Joven 1: Híjole, por poco y no lo consigo. De que mi madre se pone a escuchar sus novelas, no hay poder en este mundo que la separe de la radio. ¿Dónde lo conecto?

(*Espera respuesta, pero no la hay.*)

Joven 1: Te estoy hablando. ¿Qué tienes?

Teófilo: Nada. Déjame en paz, por favor.

Joven 1: Pero ya comenzó el partido. ¿No quieres escucharlo?

Teófilo: (Conteniéndose.) Lo único que quiero es quedarme solo y en paz.

Joven 1: Huy, está bien, pero no te enojés. Deberías guardarte esos corajes para ahora que llegue tu mujer.

Teófilo: (A punto de estallar.) Por favor. Vete.

Joven 1: Está bien. Voy a estar con el Ramiro, por si te animas.

(El joven 1 se va, dejando solo a Teófilo, que adopta un aire meditabundo. Entra el Diablo.)

Diablo: Buenas noches.

Teófilo: ¡Ya te dije que. . .! (Ve al Diablo.) Ah, eres tú. Escogiste el peor momento para visitarme. No estoy de humor para vender mi alma, así que mejor retírate.

Diablo: ¿Quién habla de negocios en este momento? Sólo pasé a saludarte y a ayudarte un poco. No te enojas por favor.

Teófilo: Es que mi mujer tiene la rara virtud de ponerme furioso en pocos momentos. Si supieras lo que me hizo ahora.

Diablo: Ahórrate palabras. Lo escuché todo.

Teófilo: ¡Mm! ¿Y te parece poco? Por más que trato de comprenderla, no puedo.

Diablo: Yo que tú le ponía fin a esta situación. No puedes seguir representando el papel de tarado, frena a tu esposa para siempre. Debes hacer algo.

Teófilo: No te creas. Ya lo he pensado y he llegado a la conclusión de que el divorcio es la mejor de las soluciones.

Diablo: Eso crees tú. Al divorciarte estarás obligado a darle la mitad de lo que ganas, que es exactamente lo mismo que haces ahora, o mejor dicho, hace tu esposa al regalar todas tus cosas. Tu reputación quedaría entredicha y lo peor de todo es que no existe el divorcio eclesiástico, lo que complica más las cosas.

Teófilo: ¿Y eso qué importa? Con tal de no verla, soy capaz de darle todo mi sueldo, y en cuanto a la reputación me puedo ir a otro pueblo a trabajar. El mundo es muy grande.

Diablo: ¿Insistes entonces en divorciarte?

Teófilo: Ahora más que nunca.

Diablo: Si lo haces, te librarás de ella por una temporada. Treinta, cuarenta años a lo sumo, pero luego, cuando te mueras. . .

Teófilo: ¿Qué?

Diablo: Te la encontrarás en el paraíso, en donde vivirán eternamente. Los años que pasaste aquí en la tierra, serán nada en comparación con los que te esperan allá arriba.

Teófilo: No había pensado en eso.

Diablo: Tanto ella como tú, tienen méritos suficientes para ingresar al paraíso. De modo que no hay escapatoria posible. . . A no ser, claro, que te decidas ir al infierno.

Teófilo: ¿Al infierno? No, gracias. . . yo. . .

Diablo: El averno no es como lo pintan. Además, cualquier lugar en donde no se encuentre tu esposa, es bueno.

Teófilo: Eso sí, pero. . . al infierno, no. Hace mucho calor.

Diablo: Anímate, hombre. Tu alma es muy especial, de esas que dan prestigio al lugar a donde llegan. Si vas, te garantizo que te tratarán muy bien.

Teófilo: Supongamos que me decidiera a ir. ¿Cómo lo haría?

Diablo: Muy fácil. Cometiendo algún pecado mortal, sin arrepentirse de ello.

Teófilo: ¿Como qué?

Diablo: Eh. . . pues, digamos, asesinando a tu esposa.

Teófilo: ¡Estás loco!

Diablo: Velo de esta manera. Te deshaces de ella en esta vida y en la otra.

Teófilo: Sí, pero hay una cosa. A mí el asesinato se me hace algo repugnante. No sería capaz de hacerlo.

Diablo: Depende cómo lo hagas. Si la vas a agarrar a hachazos, no te lo discuto, pero siempre existen formas más sutiles para acabar con la vida de un prójimo, sin necesidad de recurrir a truculencias y barbarismos.

Teófilo: Que yo sepa, no hay crimen sin sangre.

Diablo: Falso de toda falsedad. A tu linda esposa la podrías llevar de paseo al campo, cerca de alguna profunda barranca. Le mostrarías el paisaje, prodigo en árboles y flores silvestres. Le dirías algún suave poema de amor al oído, mientras tanto el viento acariciaría su pelo, como queriéndosela llevar a las montañas, que azules se levantan a lo lejos. Ella suspiraría y se quedaría extasiada viendo tanta belleza. Entonces tú te colocarías tras ella, y dándole un suave, pero firme empujón, la mandarías primero al fondo de la barranca y de ahí a las alturas del paraíso. ¿Qué te parece?

Teófilo: No sé. De seguro gritaría y el recuerdo de su gemido me perseguiría para siempre. Además no sé decir poemas de amor.

Diablo: Bueno, en ese caso podrías deslizarle algún polvito en la leche que bebe diariamente.

Teófilo: ¿No le dolerá mucho?

Diablo: Depende del veneno que uses. Si utilizas vidrio molido, es de esperarse que pegue de gritos, pero si usas algo sofisticado como estricnina o algún destilado de acónito, lo primero que sentirá será un ligero mareo, luego mucho sueño y por último se recostará, para no levantarse jamás.

Teófilo: Eso está mejor, pero. . .

Diablo: Es la muerte más piadosa que existe. Ya no te aconsejo que la intoxiques con gas, porque la más leve chispita, ocasionaría una explosión. Y en lugar de ser uno el muertito, serán dos. Cosa que no nos conviene.

Teófilo: Debe haber otro modo de irse al infierno, sin necesidad de matar a alguien.

Diablo: Hay muchas formas. Todo es cuestión de querer.

Teófilo: Está bien. Yo quiero irme al infierno.

Diablo: Bien, pero para ingresar debes cometer una canallada y no arrepentirte de ello. Debes conservar la sangre fría y tener la firme convicción de que uno es malo. Cualquier titubeo o remordimiento, por pequeño que éstos sean, le darán al traste a todo.

Teófilo: Sangre fría y convicción. Creo que puedo tenerlos.

Diablo: Así se habla. ¿Qué pecado piensas cometer?

Teófilo: Eh. . . Pues de momento no se me ocurre nada.

Diablo: No importa. Gracias a la maldad existe un amplio repertorio de pecados y perversiones. ¿Como qué te gustaría hacer?

Teófilo: (*Encogiéndose de hombros.*) En realidad, no lo sé.

Diablo: Hay robo, estupro, gula, asesinato, estafa. . .

Teófilo: Mira. Cualquier cosa que no sea muy truculenta. A mí la sangre me da horror.

Diablo: ¿Digamos robo?

Teófilo: (*No muy convencido.*) Bueno, sí.

Diablo: Muy bien. Vámonos.

Teófilo: ¿Ya, ahorita? ¿No es muy tarde para empezar?

Diablo: De ninguna manera. Qué mejor que las penumbras de la noche para asaltar cristianos. De día también se puede, pero no te lo recomiendo. Es muy arriesgado.

Teófilo: ¿Sí, verdad? Bueno. Ahorita nos vamos. Nomás déjame escribirle una nota a mi mujer, para que no esté con el pendiente.

Diablo: (*Impaciente.*) ¿Y qué vas a decirle? ¿Que no te espere a cenar, porque vas a salir conmigo a asaltar? Por Dios, Teófilo. Así nunca vas a irte al infierno. Tienes que aprender a ser malo.

Teófilo: Tienes razón. Es la fuerza de la costumbre. Perdóname.

Diablo: Nunca le pidas perdón a nadie y mucho menos a mí. (*Para sí.*) Y pensar que hay miles como tú, híbridos de ratón con ser humano. Uf. Vámonos. Que la noche es joven y el camino largo.

(*Se van.*)

3

CALLE DE PUEBLO. NOCHE

(*Entra un velador, linterna en mano.*)

Velador: (*Coreando.*) ¡La una y todo sereno! ¡La una y todo sereno!

(*Se va. Entran Teófilo y el Diablo.*)

Diablo: Aquí está bien. Es la callejuela más oscura de todo el pueblo. (*Saca un cuchillo.*) Ten y recuerda. Nada de titubeos ni remordimientos.

Teófilo: (*Viendo el puñal.*) ¿Y esto para qué es?

Diablo: Para amenazar a tu víctima. No pensarás asaltarlos así nomás con las manos vacías. ¿Verdad?

Teófilo: ¿Y si no quieren darme nada?

Diablo: Pues los matas y ya.

Teófilo: No, eso no. Quedamos en que nada de sangre ni truculencias.

Diablo: Mira. Nadie que tenga la punta de un puñal en la panza, es capaz de negarse a entregar nada. No temas, es lo usual.

Teófilo: Bueno ¿Y qué tengo que decirles?

Diablo: Pues. . . Arriba las manos. Esto es un asalto o caite con lo que traigas o te mato.

Teófilo: Mejor lo primero. ¿Y luego qué?

Diablo: Les quitas cuanto dinero traigan encima y ya. ¿Ves qué sencillo es?

Teófilo: No sé si pueda. Es la primera vez que hago una cosa de éstas.

Diablo: Todo es cuestión de concentrarse en el delito. Que no te tiemble la mano cuando lo asaltes y sobre todo, muéstrate cruel y despiadado. Eso los impresiona mucho.

Teófilo: Trataré. (*Para sí mismo.*) Arriba las manos. Esto es un asalto. . . Arriba las manos, esto es un asalto. . .

Diablo: ¿Ya estás listo? Ahí viene tu primera víctima. No tiembles tanto y recuerda todo lo que te dije.

Teófilo: ¿A dónde vas?

Diablo: Aquí cerca, donde no puedan verme. Suerte. (*Vase.*)

(*Entra en escena un borracho cantando.*)

Borracho: (*Desafinado.*) Yo sé bien que estoy afuera / Pero el día en que yo me muera / Sé que tendrás que llorar, lloraaar y lloraaar. . . etcétera.

Teófilo: Buenas noches, señor.

Borracho: Buenas noches, caballero. ¿En qué puedo servirle?

Teófilo: ¿No ha visto de casualidad a algún policía cerca?

Borracho: Que yo recuerde, no. ¿Por qué?

Teófilo: Porque esto es un asalto. Arriba las manos. (*Saca el puñal.*)

Borracho: (*Asustadísimo.*) ¡No! ¡No, por favor! No me mate, señor. Le juro por la virgencita de Guadalupe que no traigo ni quinto. Si quiere,

escúlqueme, pero por lo que más quiera, no me mate. Soy casado y con nueve hijos, todos dependen de mí. Tenga piedad de ellos. No los deje huérfanos en la edad en que más falta les hace un padre. (*Comienza a llorar.*) Sé que no merezco vivir, que soy un borracho incorregible. Pero ellos, ellos qué culpa tienen.

(*El borracho llora en forma estruendosa.*)

Teófilo: (*Con un nudo en la garganta.*) No llore, por favor. Mi intención no era asustarlo, señor. Yo sólo quería asaltarlo, pero si no tiene dinero, pues.

Borracho: (*Llorando.*) No solamente no traigo, sino además debo mucho. Si para dentro de dos semanas no he pagado, iré sin remedio a la cárcel y ya nada podrá salvarme. (*Llora más fuerte.*) Y mis hijos, mis pobres e inocentes hijos tendrán que abandonar la escuela para dedicarse a pedir limosna y así no morir de hambre.

Teófilo: ¿Es mucho lo que debe?

Borracho: Tanto que ni trabajando tres años seguidos podría pagar la deuda. ¿Se da cuenta de mi desgracia? De buena gana me dejaba matar por usted, de no ser por mis hijos, mis hijos, mis pobres e inocentes hijos.

Teófilo: Seréne un poco, señor. Dios aprieta pero no ahorca. Hay que ser optimistas. Ya vendrán tiempos mejores.

Borracho: Imposible. Mi vida ha sido un continuo desfile de desgracias y dolores. Por eso bebo. Para escaparme aunque sea por un ratito de esta perra vida, que me trai todito asoleado. Pero mis hijos, mis pobres e inocentes hijos, ellos qué culpa tienen de que su padre sea un borracho y un perdido, sin más porvenir que la cárcel o la muerte. (*Berrea.*)

Teófilo: (*Sin saber qué hacer.*) Caramba, pues. . . Yo. (*Saca unos billetes.*) Mire señor, es todo lo que traigo. No es mucho, pero en algo ha de servirle.

Borracho: (*Fingido.*) No. No puedo aceptarlo.

Teófilo: No se ofenda, por favor. Me sentiría muy mal, si rechazara esta pequeña ayuda que le ofrezco. Por sus hijos, señor.

Borracho: (*Resignado. Tomando el dinero.*) Está bien. Todo sea por mis pobres e inocentes hijos. Gracias, señor. Que Dios lo bendiga y lo acompañe y que la virgencita de Guadalupe lo llene para siempre de favores. Gracias.

Teófilo: No tiene nada que agradecerme. Ahora séquese esas lágrimas y váyase a casa, que sus hijos ya deben estar con pendiente.

Borracho: ¿Qué hijos? Ah, mis pobres e inocentes hijos. Cómo agradecerle tanta bondad. No sé quién sea, pero de seguro Dios lo mandó a este mundo para socorrer a los pobres.

Teófilo: Adiós y váyase con cuidado. No sea que lo asalten por ahí.

Borracho: (*Iniciando mutis.*) Adiós, señor. Jamás lo olvidaré. Se lo juro por mis pobres e inocentes hijos. . . (*Cantando.*) Una piedra en el camino, me dijo que mi destino, era rodar y rodar, rodadar y rodadar. . . (*Etcétera.*)

(*Se va. Entra enfurecido el Diablo.*)

Diablo: ¿Qué demonios te propones hacer? ¿Irte al cielo o matarme de un coraje?

Teófilo: No traía dinero. Además dijo que. . .

Diablo: (*Interrumpiéndolo.*) Sí, sí. Lo escuché todo. Que era pobre, que tenía un montón de hijos y que lo iban a meter a la cárcel si no pagaba no sé cuánto dinero. Lo que de veras me sorprende, es que le hayas creído todo.

Teófilo: ¿A poco no era cierto?

Diablo: Naturalmente que no. Encima de contarte mentira tras mentira, te sacó cuanto dinero traías. Esto es el colmo.

Teófilo: Ay condenado. Se veía tan sincero que le creí lo de sus hijos.

Diablo: Sí tiene hijos. El menor de veinticinco años.

Teófilo: Bueno. Para ser la primera vez. . . Pero te aseguro que para la próxima sí le doy.

Diablo: Ninguna próxima. Ya demostraste que para asaltante no das el ancho. Dame el cuchillo.

Teófilo: ¿Entonces?

Diablo: Déjame pensar. ¿Quieres? (*Lo medita.*) ¿Qué será bueno que hagas?

Teófilo: Lo que sea con tal de no matar a nadie.

Diablo: ¿Digamos violación?

Teófilo: ¿Yo un violador? Vamos, hombre. . .

Diablo: ¿Y por qué no? Todo lo que necesitas es una mujer. Poner cara de lujurioso y darle dos o tres sacudidas antes de echártela.

Teófilo: ¿Pero y si grita?

Diablo: Tiene qué gritar, si no, no sería violación. Además los gemidos te sirven como paliativo

Teófilo: No, definitivamente no puedo.

Diablo: ¿Cómo sabes que no puedes, si ni siquiera lo has intentado?

Teófilo: Simplemente porque no soy capaz de forzar a nadie, mucho menos a una mujer a. . . A eso.

Diablo: Está bien. Si no eres capaz de pecar, salgo sobrando aquí. Adiós, que te vaya bien con tu esposa en el paraíso.

Teófilo: (*Deteniéndolo.*) No. Espera.

Diablo: ¿Vas a violar a alguien, sí o no?

Teófilo: (*Agachando la cabeza. Apenado.*) Es que no sé cómo.

Diablo: Para eso estoy aquí. Para enseñarte. Todo lo que necesitas hacer es mirarla fijamente a los ojos. Acercarte a ella lentamente y acorralarla de tal forma que no pueda escapársete. Entonces la tomas de la blusa y de un tirón se la arrancas, para luego arrojarte sobre ella y consumir en más o menos diez o quince minutos la violación.

Teófilo: ¿Tengo qué hacer todos esos pasos?

Diablo: Claro. Aunque el orden no altera el producto. Si primero quieres arrojarte sobre ella y luego mirarla, o arrancarle la blusa después de echártela es igual. La cosa es que la violes.

Teófilo: Mejor lo hago como dijiste primero. O sea mirarla fijamente, después acorralarla para que no escape. . . ¿Voy bien?

Diablo: Yo diría que estupendo. Ven, sígueme diciendo mientras buscamos a tu víctima. Adelante.

Teófilo: (*Iniciando mutis junto con el Diablo.*) Después me le acerco y de un tirón le arranco la blusa, para luego echármele encima. Oye. ¿Qué hago si grita mucho?

Diablo: Pues le das de cachetadas hasta que se calle o de plano, le metes un pañuelo a la boca. Es lo mejor.

(*Se van mientras siguen platicando. Entra a escena una mujer vestida de oscuro, que se hinca y se persigna, como si se dirigiera a alguien.*)

Solterona: (*Mirando hacia arriba.*) Tú has de perdonar que venga a molestarte a estas horas, san Antoñito, pero es que estoy tan desesperada, que no puedo permanecer un minuto sin rezarte ni suplicarte, que me saques de soltera para siempre. Si vengo a estas horas frente a tu templo, es con la

esperanza de que me escuches a mí solita, porque de día me das la impresión, de que con tanta gente y súplica, ni caso me haces. Y no te culpo, has de tener muchísimo trabajo, pero. . . No seas malo y mándame a alguien. Ya no me importa si es guapo y fornido u hogareño y trabajador. Yo todo lo que quiero es una poca de compañía. Prometo ser buena esposa y no olvidarme de ti. Andale, san Antoñito. Si me quitas lo soltera, prometo traerte diariamente una veladora y un ramito de flores. ¿Sí?

(La soltera sigue hablando. Entran Teófilo y el Diablo.)

Diablo: Creo que te aprendiste bien la teoría. Ahora falta la práctica.

Teófilo: Eso precisamente te iba a decir. ¿En dónde vamos a encontrar a una mujer, decente desde luego, a estas horas de la noche? No creo que haya ninguna.

Diablo: Como de costumbre estás equivocado. Allá hay una.

Teófilo: ¿Esa? ¿No está un poquito fea?

Diablo: ¿Y qué esperabas encontrar en este pueblo? ¿A una actriz de cine o a una modelo?

Teófilo: No, claro. Pero tampoco eso.

Diablo: Mira, Teófilo. Sé por experiencia que todas las mujeres feas son decentes. Ahí está tu mujer. De modo que no te pongas exigente y llégale.

Teófilo: No sé si pueda. Esta se pasa de decente.

Diablo: Mejor. Así te condenas más rápido. Y ya no la mires como mujer, si no como la llave que te abrirá las puertas del infierno. Anímate.

Teófilo: Está bien. Trataré.

Diablo: Así se habla. No titubees y recuerda todos los pasos a seguir.

Teófilo: Bueno. Allá voy.

(Teófilo se dirige a donde se encuentra la solterona, mientras tanto el diablo hace discreto mutis.)

Solterona: . . . Te lo pido de todo corazón, san Antoñito. Yo sé que tú puedes. Andale no seas malo. Lo que me mandes lo recibiré con mucho gusto, yo. . . *(Advierte la presencia de Teófilo.)* ¿Quién anda ahí?

Teófilo: *(Nervioso.)* No intente huir. La tengo acorralada.

Solterona: ¿Quién es usted? ¿Por qué se esconde en la penumbra?

Teófilo: Soy un criminal y vengo por usted. No intente gritar, porque me vería obligado a meterle un pañuelo en la boca, y no quiero hacerlo, porque además de detestar la violencia, no traigo pañuelo.

Solterona: *(Fastidiada.)* Si lo que quiere es dinero, tómelo, pero no me esté amenazando.

Teófilo: No vengo por su dinero. *(Haciendo acopio de valor.)* Vengo por su cuerpo.

Solterona: *(Emocionadísima.)* ¿Por mi cuerpo? *(Aparte.)* Gracias san Antoñito. Mañana sin falta te traigo tus flores y tu veladora.

Teófilo: Si coopera, prometo no hacerle mucho daño, pero por favor no grite.

Solterona: ¿Por qué me dice eso? ¿Pues qué piensa hacerme?

Teófilo: Voy a violarla.

Solterona: ¿Ya tan rápido? Bueno. Prometo no gritar mucho.

(La solterona comienza a desvestirse.)

Teófilo: ¿Qué está haciendo, señora?

Solterona: Quitándome la ropa. Así me han dicho que es más cómodo hacerlo.

Teófilo: Pero, señora. Se supone que yo debo desnudarla.

Solterona: Oh, perdone. Como es la primera vez.

Teófilo: Primero debo acorralarla para evitar que huya, luego de mirarla fijamente le agarro la blusa y de un tirón se la arranco. Así.

(Le da un tirón, pero la blusa no se rompe.)

Teófilo: Está un poco dura. Permítame.

(Le da otro tirón, pero la blusa no se rompe.)

Solterona: ¿No sería mejor que me la desabrochara?

Teófilo: Según las reglas, para que sea violación, no. Tengo que rompérsela a tirones. Déjeme intentar de nuevo.

(Le da otro jalón, pero no se rompe.)

Teófilo: Es inútil. Parece de lona.

Solterona: ¿No podría violarme así con la blusa entera?

Teófilo: Qué más quisiera, señora, pero no. Los pasos son los pasos. Si quiero condenarme, tengo que hacer las cosas bien. Ya fallé una vez. No piense repetir el error.

Solterona: Qué lástima.

(Ambos quedan pensativos por un momento.)

Solterona: Oiga. ¿Y por qué mejor no viene a mi casa? Allá tengo blusas mucho más delgadas que ésta y además ahí puede violarme sin que nadie nos vea.

Teófilo: ¿No será mucha la molestia?

Solterona: Ninguna. Al contrario, me gusta ayudar a la gente con problemas. Sólo espero que las reglas ésas que usted dice, no prohíban violarme en mi propia casa.

Teófilo: Que yo recuerde no. ¿Está muy lejos su casa?

Solterona: Qué va. No son ni tres cuadras. En menos de un minuto estamos allá.

(Lo toma por un brazo.) ¿Nos vamos?

Teófilo: Cuando usted lo disponga, señora.

Solterona: Llámame Magdalena, María Magdalena.

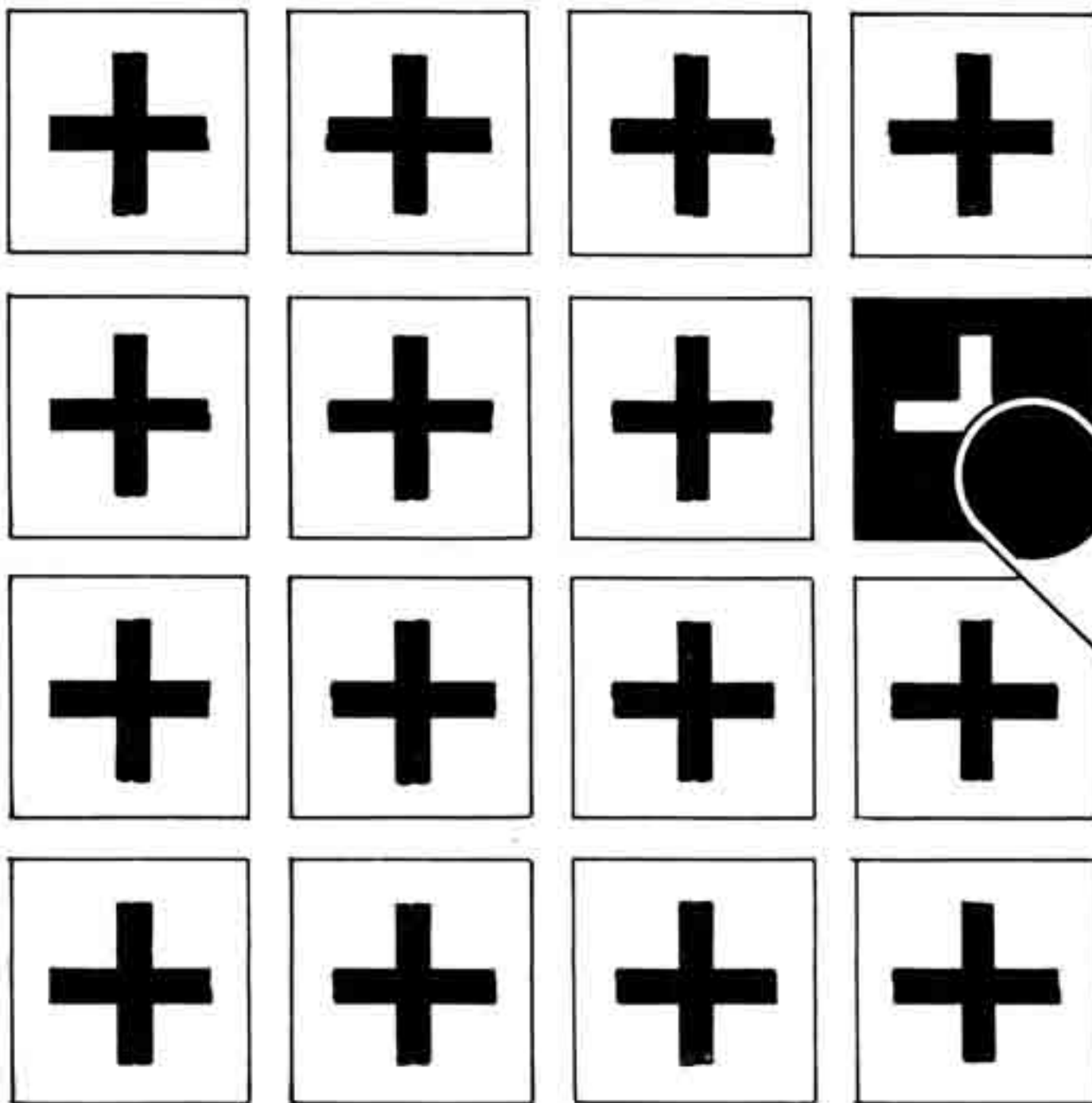
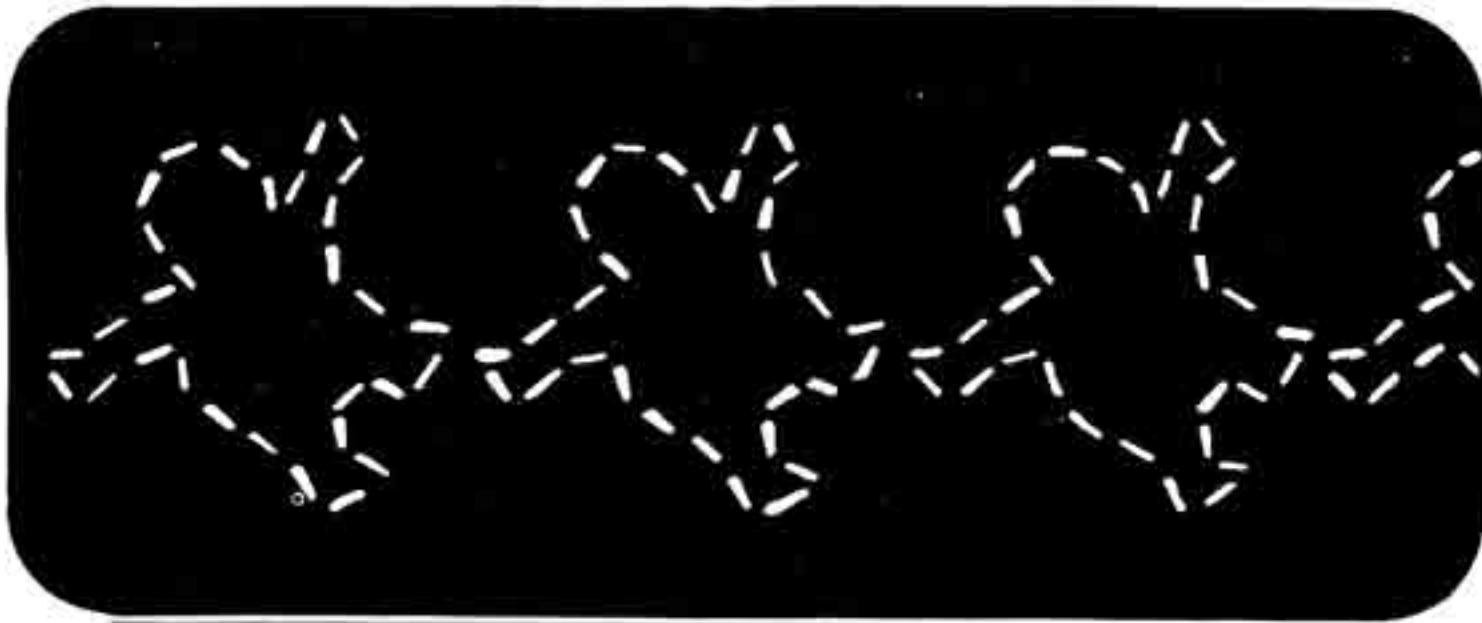
Teófilo: Como guste, Magdalena.

(Se van muy tomados del brazo. Entran Hugo y el Diablo.)

Diablo: Como puede ver, no es nada fácil corromper a una persona, que durante años se ha dedicado a hacer el bien, y ha nacido, crecido y educado dentro de lo que ustedes los humanos llaman moral y buenas costumbres.

Hugo: Todo consiste en la educación. Si a uno desde pequeño lo han enseñado a portarse bien, es natural que de grande no pueda dedicarse al mal.

Diablo: Permítame contradecirlo, caballero, pero no es cuestión de poder, sino de querer. El infierno está lleno de almas que en vida tuvieron la me-



Vincent Bayer

jor de las educaciones, destinada a hacerlas fuertes candidatos para ingresar al paraíso, pero que por una causa u otra, pecaron. El hombre es muy libre de tomar los dos caminos que son el bien y el mal.

Hugo: No. Creo que está equivocado, señor diablo. Aún no conozco personas que sean buenas, lo que se dice buenas, ni malas que gocen haciendo el mal. En los seres humanos no existen esos extremos.

Diablo: Amigo Montes. La línea que separa al bien del mal es tan tenue, que nadie, a no ser un servidor o el que se encuentra allá arriba, puede decir cuál es cuál. En el caso de Teófilo, robar es tan malo como asesinar o violar, ya que si no tiene necesidad de dinero, lo hará por pura maldad entonces.

Hugo: ¿Y qué pasó siempre con él? ¿Logró pecar o no?

Diablo: En un momento lo sabrá, porque precisamente ahí viene. Lo más que puedo decirle es que a este paso, en lugar de rojo, voy a terminar amarillo con tanto coraje.

Hugo: En ese caso, con permiso, y siga con su narración.

(Hugo se va.)

(Entra Teófilo fajándose los pantalones con una sonrisa de satisfacción.)

Teófilo: *(Contento.)* Ya estuvo. Hubieras visto qué violada nos echamos entre los dos. No acababa yo de cerrar la puerta de la casa, cuando se me echó encima y comenzamos primero en la sala, luego en las escaleras y por último en la recámara, donde fue el clímax de todo el recorrido. Qué bárbara señora. Es una auténtica fiera.

Diablo: Y tú un auténtico imbécil.

Teófilo: ¿Por qué? La violé como me dijiste ¿No? Ya estoy condenado.

Diablo: Condenado, madres. Eso que hicieron no es violación sino otra cosa.

Hacerle el amor a una triste solterona como ella, no es pecado sino favor.

Teófilo: ¿Entonces, no pequé?

Diablo: Al contrario. Como buen boy-scout, hiciste tu buena acción diaria.

Ya estoy harto. Había visto pecadores mediocres, pero ninguno como tú.

Eres una aberración forrada de lo mismo.

Teófilo: Pero si hice todo lo que me dijiste. No sé por qué te enojas.

Diablo: Bah. Olvídalo por favor. Habiendo tantos pecadores en potencia, no sé qué hago aquí contigo, perdiendo miserablemente el tiempo. Lo mejor será que me largue.

Teófilo: Espera. Tú me dijiste que mi alma valía mucho.

Diablo: Sí, pero no por eso voy a acabar con el hígado deshecho. Eres un auténtico fracaso. Ya ni Fausto, que casi era santo, me dio tanta lata como tú.

Teófilo: Dame otra oportunidad. Prometo no fallarte.

Diablo: Está bien, pero será la última. ¿Entendido?

Teófilo: Ajá. Tú nomás dime qué hay que hacer y ya.

Diablo: *(Pensativo.)* Veamos de qué puedes ser capaz. Algo que no sea ni robar ni violar.

Teófilo: Tal vez me condene si miento o levanto falsos testimonios.

Diablo: Esas estupideces no son pecado. *(Pensando.)* Nada de sangre, ni truculencias. . . Amigo. La única solución que te queda es suicidarte.

Teófilo: ¿Suicidarme?

Diablo: Claro. Ya que no puedes causarles daño a tus semejantes, háztelo a ti mismo.

Teófilo: Pero si nunca me he suicidado.

Diablo: No se necesita experiencia para hacerlo. Sólo basta con arrojarse a las llantas de un camión, beber un raticida o colgarse de la regadera. Es muy

sencillo. Escoge el método que más te guste, el resultado siempre es el mismo.

(Teófilo se queda meditabundo. Triste)

Diablo: Y ya que detestas la violencia, yo te recomendaría una muerte sutil, apacible, sin necesidad de que recurras a truculencias tales como darte un pistoletazo o clavarte una daga en el corazón. No hay nada como una muerte tranquila, poética, que te vaya invadiendo lentamente tu cuerpo, célula por célula, mientras tu temblorosa mano escribe un último adiós a este mundo, condenándolo por sus injusticias y absolviéndolo a la vez, al redactar la célebre frase de "No se culpe a nadie". Ah, suicidio, cuántos crímenes se cometen en tu nombre. Eres el único delito que no es penado. En el que no hay juez ni defensor, criminal o víctima. Sólo una breve acta de justicia y un certificado de defunción. *(Ve a Teófilo.)* ¿Qué tienes? ¿Por qué te quedas callado?

Teófilo: Nada. Sólo que morirme me da. . . Me da un poco de miedo. No al hecho de quitarme la vida, sino a lo que encuentre más allá de la muerte.

Diablo: Es natural que lo sientas. La vida es como cualquier planta que crece en tu jardín, y que no echas de menos hasta el día en que amanece marchita. Es hasta entonces cuando te das cuenta de lo mucho que apreciabas a esa insignificante plantita.

Teófilo: Nadie sabe el bien que tiene, hasta que lo ve perdido. Pero ni modo, si para visitar al infierno es necesario matarse, tendré que hacerlo.

Diablo: Bravo. A eso le llamo decisión y valentía. Cuando llegues al infierno, prometo darte la mejor de las bienvenidas, porque almas como la tuya no nos llegan muy seguido que digamos.

Teófilo: *(Deprimido.)* Gracias.

Diablo: ¿Ya has pensado en cómo abandonar este mundo?

Teófilo: Ahorita de momento no se me ocurre nada. Ahora que si quieres ayudarme con gusto te lo agradeceré.

Diablo: *(Dándole unas palmadas.)* Vamos hombre, pero no es para que te pongas así. Todo en esta vida se acaba. No hay nada eterno.

Teófilo: *(Melancólico.)* Qué raro. Pensaba en este momento en mi niñez, cuando todavía mi madre vivía. Qué días aquellos, siempre llenos de luz y de caricias. Luego la escuela, con sus maestros y mis compañeros. Recuerdo también que. . .

Diablo: *(Interrumpiéndolo. Impaciente.)* Allá abajo empezarás de nuevo.

Será como volver a nacer. Pero apúrate, que ya no tarda en amanecer y a mí la luz del sol me fastidia.

Teófilo: No me estés apresurando. Sólo me acordaba de mis tiempos.

Diablo: En el infierno tendrás una eternidad para acordarte de lo que más quieras, pero ya mátate. No me la hagas de emoción.

Teófilo: Está bien. ¿Cómo me suicido?

Diablo: Puedes ahorcarte o tomar algún veneno. No sé cómo te gustaría morir.

Teófilo: Algo que sea rápido y que no duela.

Diablo: En ese caso una sobredosis de pastillas para dormir, bastará para que hagas mutis *for ever*. Es lo más recomendable. Todos los suicidas que tengo bajo mi tutela, coinciden en que es lo mejor para abandonar este mundo.

ófilo: Sea pues. A morir se ha dicho.

Diablo: (Feliz. Frotándose las manos.) Bravo por ti. Ya verás que no te arrepientes de tu decisión.

Teófilo: Oye. ¿Y de dónde saco pastillas para dormir?

Diablo: ¿No tienes en tu casa?

Teófilo: No, y la única botica que hay en este pueblo cierra a las ocho de la noche y ahorita han de ser como las cuatro de la mañana.

Diablo: Me lleva el diablo. ¿Seguro que no hay en tu casa?

Teófilo: Lo único que tengo son aspirinas y curitas, y no creo que con eso pueda suicidarme.

Diablo: Ni modo, entonces Teófilo. Tendrás que ahorcarte.

Teófilo: (Tocándose el cuello.) ¿No será muy doloroso? Acuérdate que detesto todo lo que sea violencia o truculencia.

Diablo: Bueno. Lo usual en los ahorcados es que se pongan un poco morados de la cara y que saquen la lengua así. Pero dolor lo que se dice dolor, no sienten.

Teófilo: No estoy muy seguro. Tengo la impresión de que es una horrible agonía, los escasos segundos que dura, como si una gigantesca mano te exprimiera hasta sacarte la última gota de vida.

Diablo: Tú no puedes saberlo, si nunca te has ahorcado. Además. ¿Qué son unos segundos en comparación con la eternidad que tienes por delante? Nada. Un granito de arena en un desierto. Una gota de agua frente al mar.

Teófilo: Es que no es tan fácil. Más si ya te has acostumbrado a vivir.

Diablo: (Despectivo.) ¿Vivir? ¿Le llamas vida al hecho de estar siempre humillado por tus jefes en la oficina y por tu esposa en el hogar? Vamos, hombre. Te creía más inteligente. Además. ¿Quién te piensas que eres? ¿Un ser inmortal que va a existir indefinidamente en este mundo? Tienes qué morirte algún día, Teófilo.

Teófilo: Me estremezco de sólo pensar en la muerte. Soy tan cobarde, que ni eso puedo hacer.

Diablo: No es cobardía, sino temor a lo desconocido, Teófilo. Son dos cosas muy diferentes. A ti sólo te falta un empujón, un poquito de valor que puedes encontrar en un vaso con alcohol. ¿Eh, que dices? Sirve además que me echo una para el frío, que está que cala.

Teófilo: (Triste.) Bueno.

Diablo: (Iniciando mutis con Teófilo.) El problema contigo es que tomas las cosas muy a pecho. Si fueras un poquito más liberal o descuidado que es lo mismo, verías un cambio radical en todo.

Teófilo: Quizás. A lo mejor. . .

(Teófilo y el Diablo se van.)

4

CASA DE TEOFILO

(En escena Inocencia y un sacerdote, que bebe a cada momento de un vaso, jerez.)

Inocencia: . . .No sé en qué he fallado, padre. He tratado de ser una buena esposa y una excelente cristiana. Se lo he soportado todo con la mejor de las sonrisas. He puesto como quien dice la otra mejilla. ¿Para qué, padre? Para sólo recibir constantes humillaciones y desprecios. Ay, padre, si supiera lo desdichada que me siento, comprendería mejor lo que le digo.

Padre: Calma hija, calma y recuerda las palabras de nuestro señor Jesucristo.

Bienaventurados los que lloran, porque de ellos será el reino de los cielos. Yo conozco de muchos años a Teófilo y te puedo asegurar que no es mala persona. Es natural que tenga sus malos momentos. No olvides que somos humanos y por lo tanto sujetos a errores. ¿Más jerez, hija?

Inocencia: No, gracias padre.

Padre: Digo que si me sirves más jerez, hija. Esto nos ayuda a pasar la noche.

Inocencia: (*Sirviéndole vino.*) Perdone, padre. Estoy tan alterada que ya no sé ni lo que hago.

Padre: Hay que tener paciencia, hija. Roma no se hizo en un día.

Inocencia: Si supiera todas las humillaciones que he tenido que soportarle, no me pediría paciencia, padre. Ha cambiado tanto que ni yo misma que soy su esposa lo reconozco. Hay algo extraño en su mirada, que cada vez que hago algún donativo o diezmo, se enoja y se enfurece de tal manera, que a veces temo por mi vida.

Padre: ¿Te. . . Te ha pegado alguna vez, hija?

Inocencia: Golpear lo que se dice golpear, no. Pero sus agresiones verbales me causan más daño que las físicas, padre. Sólo Dios nuestro señor, sabe lo mucho que he sufrido en estos días. Todo se lo he aguantado, pero hoy, padre, hoy fue la gota que derramó el vaso. Me riñó, me dijo todo lo más horrible que puede decir boca humana alguna. Y como si fuera poco, me corrió de la casa como si fuera una cualquiera, gritándome imprecación tras imprecación. Qué vergüenza pasé, Dios mío. Se diría que le irrita verme hacer el bien.

Padre: Lo que dices es muy grave, hija. Ahora que llegue tu marido, tendré que hablarle muy seriamente. No puedo creer que ustedes dos, ejemplo de cristiandad y decencia, tengan tan graves problemas.

Inocencia: Eso si llega. Ya son más de las cinco de la mañana. Imagínese por dónde no andará.

Padre: Hay que evitar al máximo, que los malos pensamientos invadan nuestro cerebro, envenenándolo. Conociendo a Teófilo, te puedo asegurar casi, que ha de estar profundamente arrepentido de lo que hizo y que no tardará en llegar a pedirte perdón. ¿Más jerez, hija?

Inocencia: Sí, padre, cómo no. (*Viendo la botella.*) Ay, qué lástima. Ya se acabó.

Padre: ¿Qué horas dices que son?

Inocencia: Van a ser las cinco y media, padre.

Padre: En ese caso tengo que marcharme, para preparar la misa de siete. Si me quedo más tiempo, luego no alcanzo a terminar bien. Espero verte allá hija.

Inocencia: ¿Va a dejarme sola, padre? ¿Qué hago si de repente llega el energúmeno?

Padre: No exageres por favor, hija. Comprendo que tu excitación te haga ver las cosas de cierto modo, pero no es para tanto. Teófilo es una persona sensible y por eso mismo ha salido a darse la vuelta, para serenarse y pensar con más calma sobre este incidente, que seguido se dan, hasta en las mejores familias. De modo que no te preocupes.

Inocencia: Pero es que usted no lo conoce bien, padre, es un hipócrita, un verdadero monstruo de maldad.

Padre: Vamos, vamos. Yo los conozco a ambos desde que estaban así de pequeños. Te puedo hasta jurar que Teófilo cruzará esa puerta con la cabeza gacha y el corazón arrepentido.

(*En ese momento entran Teófilo y el Diablo, completamente borrachos, apoyándose mutuamente para no caer.*)

Teófilo y Diablo: (Cantando.) Mañana me voy, mañana, mañana me voy de aquíí, y el consuelo que me queda, que se han de acordar de mí. . .

(Inocencia y el padre ven atónitos a Teófilo.)

Padre: (Sorprendido.) ¿Qué significa esto? ¿Cómo es posible que te hayas emborrachado?

Teófilo: Ahh Dio, pos con tequila, con qué iba a ser. *(Al diablo.)* ¿Verdad tú?

Diablo: (Asintiendo con la cabeza.) Simón, hijo.

(Inocencia y el padre intercambian miradas de extrañeza, ya que ellos no pueden ver al Diablo.)

Inocencia: ¿A. . . A quién le hablas?

Teófilo: ¿Cómo que a quién? Pues a mi amigo, el diablo. ¿Qué no lo ves, babosa?

Inocencia: Babosa. Me llamó babosa, padre. Usted es testigo.

Padre: Teófilo, me sorprendes. Nunca pensé que llegaras a rebajarte y a faltarme al respeto de esta manera. Tú, a quien siempre creí un ejemplo para la juventud del pueblo, tienes el cinismo y la desfachatez de presentarte borracho, en lugar de arrepentirte y pedirle, qué digo pedirle, suplicarle perdón a tu mujercita, que como una santa ha soportado en silencio, los insultos y las afrentas a la moral de las que hoy haces gala.

Diablo: No le hagas caso. Está loco.

Teófilo: (Al Diablo.) Tienes razón. Está re loco.

Padre: No trates de disimular que hablas con alguien, Teófilo. Cuando menos ten ahora los suficientes pantalones para encararte con tu mujer y pedirle perdón.

Diablo: Perdón, madres.

Teófilo: (Riendo.) Tienes razón. No tengo por qué pedirle perdón a nadie, mucho menos a esta rata de sacristía, que tengo por esposa. Antes muerto, que pedirle perdón. ¿Verdad, mano?

Diablo: Seguro, hijo, seguro.

Inocencia: (Lívida.) No puedo soportar más. Pronto, padre, traígame una silla, porque voy a desmayarme.

Teófilo: No empieces con tus escenitas, Inocencia, porque ahora sí te do una buena.

Padre: (Interponiéndose entre ambos.) Antes de tocarle un pelo a tu mujer, tendrás que entendértelas conmigo, Teófilo. No creas que por ser sacerdote, no puedo ayudar a esta indefensa criatura.

Teófilo: (Irónico.) Indefensa. ¡Já! Esa cosa es más venenosa que una víbora de cascabel. Ella siempre ha de ser la víctima y yo el villano, pero esto se acabó. Voy a darle una buena, para que chille por algo.

Padre: No te atrevas, Teófilo. Te lo advierto.

Diablo: (A Teófilo, entregándole el cuchillo.) Dile que si no se larga, lo conviertes en picadillo.

Teófilo: (Mostrando el puñal.) Si no se hace a un lado, lo rejoneo, padre.

Padre: (Pálido.) ¡Ave María purísima! ¿De dónde sacaste eso?

Inocencia: (Aterrada.) ¡Se ha vuelto loco, padre! ¡Defiéndame por favor, no deje que me haga daño!

Teófilo: Le doy tres para que salga, padre. Después no respondo.

Padre: (Temblando.) ¡Jamás abandonaré a esta mujer!

Teófilo: Una. . .

Padre: No te atreverás. Lo sé. Te conozco desde pequeño.

Teófilo: Dos. . .

Padre: Tú eres bueno. ¿Verdad que sí?

Teófilo: (*Avanzando amenazador.*) Tres.

Padre: (*Corriendo.*) ¡Voy a pedir auxilio, hija! ¡No tardo nada!

(*El sacerdote se va corriendo. Inocencia trata de imitarlo, pero Teófilo le cierra el paso.*)

Diablo: Ahora es tuya. Mírala. Ella es la causa de todos tus males y problemas. Ella es la culpable de que seas un infeliz, un pobre desgraciado, que durante cinco años se ha partido el lomo trabajando de sol a sol. ¿Y para qué? Para mantener a una bola de holgazanes que se dicen pobres. ¿Recuerdas cuántos sufrimientos y privaciones tuviste que pasar para comprarte tu televisor?

Teófilo: ¡Es cierto, es cierto! ¡Mi tele!

Diablo: ¿Por qué has de morir tú y no ella? Tu esposa es la culpable de todo. ¡Mátala!

Inocencia: Teófilo, por favor cálmate. Yo sé que eres bueno. Si quieres tu televisor, mañana mismo voy por él, pero por favor cálmate.

Diablo: ¿Qué esperas para matarla? ¿Vas a dejar que te engañe de nuevo, con sus palabras y falsas promesas? (*Con sorna.*) Ella siempre es la inocente y tú el culpable. ¡No seas idiota! ¡Acaba con ella! Acuérdate de tu noche de bodas. ¡Cuántas humillaciones tuviste que soportar por culpa suya. Inocencia la casta, Inocencia la virgen. Por ella no tienes hijos, Teófilo. ¡Mátala!

Inocencia: (*Retrocediendo.*) ¿Qué tienes? ¿Por qué no me dices nada?

Teófilo: Te voy a matar, Inocencia, pero antes te quitaré lo casta para siempre.

Inocencia: (*Aterrada.*) ¡No, Teófilo! No me hagas daño. Prometo hacer lo que quieras, pero por favor no me mates.

Diablo: ¡Está acorralada! ¡Es tuya! ¡Mátala!

Teófilo: (*Apretando los dientes.*) Si he de irme al infierno, que sea por algo. Ve rezando Inocencia, porque te voy a hacer picadillo.

(*Inocencia grita y se mete corriendo a su habitación. Teófilo va tras ella. Queda solo el Diablo. De la recámara salen trastos volando y se escuchan gritos y golpes.*)

Diablo: (*Al público.*) ¿No que siempre ganaban los buenos? Miren, o mejor dicho escuchen. Imagínense lo que estará haciendo Teófilo, ahorita con su esposa. Los dos solitos en la oscuridad de la madrugada. Ah, no se los describo, porque es muy exigente la censura en este teatro, pero con una poca de imaginación, pueden ver lo que sucede tras estas paredes. Escuchen.

(*Se oyen jadeos y golpes secos.*)

Diablo: (*Al público.*) Ejele. No sean tan morbosos. Usted, señor, cierra la boca. Nomás con verles la cara, se ve que tienen mucha imaginación. (*Feliz.*) ¡Viva la perdición y el pecado! ¡Viva yo! ¡Arriba el infierno!

(*Se escucha un grito estentóreo y después silencio.*)

Diablo: (*Frotándose las manos.*) ¿Oyeron? Ya está. Se acabó, es el fin o como dicen los entendidos del latín *Consummatum est*. El alma de Teófilo

ya me pertenece. Es mía. Ya puedo presumirles allá bajo, de ser el más inteligente y eficaz genio del mal. Je, je, je.

(Por la puerta de la calle entra un gendarme y detrás de él, vecinas y el sacerdote.)

Policía: ¿En dónde está?

Padre: No puede andar lejos. No tiene ni cinco minutos que los dejé discutiendo aquí.

Vecinas: Clarito se oía cuando peleaban. . . Ay, y después se oyó un grito re feo, mesmamente como si hubieran matado a alguien. *(Se persignan.)* No sé si se los dije, pero a mí siempre me latió que el señor Teófilo estaba medio loco.

Padre: ¿Medio? Loco y medio. Demente furioso. Trató de acuchillarme cuando más distraído estaba.

Policía: No se oye ningún ruido. Daré un vistazo por toda la casa. No entren. Puede ser peligroso.

Vecinas: No toquen nada, comadre, si no luego deja sus huellas vegetales y le echan la culpa. . . No se dice huellas vegetales, sino daitilares. . .

(El policía busca. Momentos de expectación. De repente de la habitación sale Inocencia dando un grito. Todos, incluyendo el policía, pegan un brinco por el susto.)

Inocencia: *(Dando un alarido.)* Aaaaaahhh.

Padre: ¿Qué sucede hija? ¿Dónde anda el criminal de tu marido?

Policía: *(Viendo hacia dentro de la recámara.)* Sangre. Sangre por todas partes.

Inocencia: *(Llorando.)* El me obligó. Tuve que hacerlo. Era mi vida o la suya.

Vecinas: *(Viendo hacia dentro de la recámara.)* Qué asco. . . Pobre Teófilo. No sé si se los dije, pero siempre me latió que acabaría mal. . . Guácala. Se le ven los sesos, comadre. . . Esos no son sesos, tonta, son otra cosa. . .

Policía: *(Poniendo una mano sobre el hombro de Inocencia.)* Señora. Queda detenida por asesinato.

(Todos se congelan a la par que la luz disminuye hasta oscuridad total. Con un seguidor iluminamos al diablo que se dirige a la banca donde está sentado Hugo. Los demás actores aprovechan la oscuridad para hacer mutis.)

Voceador: *(Entra corriendo.)* ¡La Extra y el Ovaciones! ¡Terrible crimen en el barrio del Sagrado Corazón! ¡La Extra y el Ovaciones! ¡Entérese de cómo la viuda mató al muerto y de cómo el muerto no pudo hacer nada! ¡La Extra y el Ovaciones! *(Se va.)*

Hugo: Por lo que veo y escucho, usted volvió a perder la partida, señor Diablo.

Diablo: Falso de toda falsedad, caballero. Yo dije que me había llevado un alma tipo A al infierno, pero no dije de quién. Inocencia al haber asesinado a su esposo, se condenó de inmediato y ya tiene reservación en la sección de asesinos y similares, en donde mora gente que cometió horrendos crímenes en vida, si es que a esto puede llamársele vida.

Hugo: ¿Y qué pasó con Teófilo? ¿A dónde se fue?

Diablo: No tengo la menor idea. De seguro al cielo, al limbo o a cualquier otra parte. Como ese tipo de almas no me pertenecen, no sabría decirle

con exactitud dónde se encuentra, y es una lástima. Tantos corajes me hizo pasar, que hasta aprecio llegué a tenerle. (*El diablo se pone de pie, disponiéndose a salir.*) Bueno. Ha sido un placer platicar con tan fina persona, como lo es usted. Espero que la historia que acabo de referirle, de algo le sirva para escribir su novela. Y por favor. No sacrifique la realidad por el entretenimiento.

Hugo: Le agradezco mucho la idea, pero. . . Me falta el final. Una novela sin un buen final, no es novela. Debe encerrar algo hermoso, un mensaje que deje contentos a los lectores.

Diablo: Amigo Montes. Mire usted a su alrededor y busque la respuesta entre los árboles y flores de este jardín. En ellos de seguro encontrará ese mensaje, que mi historia no supo darle. (*Se despide.*) Hasta la vista, señor Montes. Espero encontrarlo otra vez.

Hugo: Adiós, señor Diablo.

(*A la par que sale el diablo entran por el lado contrario Teófilo y una muchacha, ataviados ambos con túnicas grises.*)

Hugo: (*Pensativo.*) El final. ¿Cuál puede ser? Ya tengo la historia, pero me falta lo mero principal. La moraleja, el desenlace, el. . . el final. El Diablo dijo que lo buscara entre los árboles y las flores de este jardín.

Teófilo: (*Viendo en torno.*) ¿Qué lugar es éste?

Muchacha: Es el limbo y aquí moramos todos aquellos que vivimos simplemente como vegetales en la otra vida. Sin tener ilusiones, sin hacer otra cosa más que ocupar un sitio en el espacio, que el tiempo y la muerte nos quitó para dar cabida a otro ser. Aquí moramos los que nunca nos dimos cuenta de lo hermoso que nos rodeaba; los amargados y los resentidos; los ciegos de corazón y los deprimidos, aquí aguardamos en larga o corta espera, el perdón que habrá de abrirnos las puertas del paraíso.

Teófilo: ¿Y eso cuándo será?

Muchacha: Cuando aprendamos a vivir. Cuando descubramos la palabra amor.

(*Teófilo toma de una mano a la muchacha y le da un tierno beso.*)

Hugo: (*Alegre. Escribiendo en la libreta.*) Cuando aprendamos a vivir. Cuando descubramos la palabra amor y estas túnicas grises se conviertan en un blanco reflejo de nuestros sentimientos.

(*TELON.*)

Fin de la obra *El Diablo en el jardín*

México, D. F. 13 octubre 1976-10 enero 1977